

“El tiempo de la metrópolis está terminado”

Wu Ming 5

La narración forma parte de las técnicas. No sólo de representación, sino también de reconfiguración del espacio. Si la experiencia de los espacios cambia nuestra percepción de los mismos, los relatos ayudan a determinar dichas experiencias. El trabajo literario y político del colectivo Wu Ming conforman en nuestra opinión, una de las experiencias de mitopoiesis más ricas de estos tiempos.

Rama boloñesa del Proyecto Luther Blisset (bajo cuyo nombre publicaron la novela *Q*, Mondadori Barcelona 2000), el colectivo de escritores Wu Ming (anónimo en chino mandarín) son los autores, de forma colectiva o individual de *Asce di guerra*, [Tropea Milano 2000]; *54*, [Mondadori, Madrid 2003]; *Esta revolución no tiene rostro*, [Acuarela, Madrid 2002]; *Giap!* [Einaudi, Turín 2003]; *Havana Glam* de WM5 [Fanucci Roma 2001], *Guerra agli umani* de WM 2, [Einaudi, Turín 2004] y *New Thing* de WM1, [Einaudi, Turín 2004]; así como de numerosos textos y artículos bajo licencia Creative Commons que se pueden descargar de su web, mantienen las revistas digitales *Giap* y *Nandropausa* y han sido guionistas de la película de Guido Chiesa *Lavorare con lentezza*.

I

La modernidad pertenece al pasado, así como la categoría de la que la modernidad vivía. La misma ciencia-ficción, nacida en el siglo que ve coagularse y definirse las tendencias que constituirán el cuerpo técnico, el armamento ideológico y la psicopatología de lo moderno, es posible sólo como ejercicio de estilo, como panoplia de artificios de género, si se obstina en querer ser prefigurante en cualquier modo: la prefiguración es de hecho imposible. La prefiguración tiene como presupuesto la subsistencia de un efecto-realidad socialmente compartido. De otro modo, señalar escenarios futuros es como hablar una lengua muerta, y la xenoglosia es un fenómeno psíquico (o para-psíquico, para algunos) más bien raro, pero ciertamente no un dato social relevante.

La ciencia-ficción ya no evoca, si alguna vez lo ha hecho, posibilidades futuras. La ciencia-ficción afirma, declara, pone en acción. La ciencia-ficción crea una especie de Creación Impotente, arma veleidosa apuntada contra la tiranía de la virtualidad y contra la reducción de la complejidad a cálculo, a código binario, a esquema, algoritmo, malla operativa. Reacciona ante la identificación entre mente y pensamiento y ante la reducción del pensamiento a matemática, a Inteligencia Artificial. La ciencia-ficción contemporánea tiene como objeto sólo el horror de lo cotidiano.

II

La ciencia-ficción conoce por otra parte un modo particular de afrontar la cuestión de la verdad e la verosimilitud. Verdad como un caso particular de la ilusión, verosimilitud como instrumento, azada para roturar nuevos terrenos, silicona para sellar contenedores herméticos, ataúdes y urnas.

Astronaves inmensas, capaces de agotar varias veces la reserva de metal de un planeta de tipo terrestre, y por lo tanto imposibles; ciudades que coinciden con planetas, con toda la superficie y con el subsuelo de éstos: gran parte de la CF, se ha remarcado muchas veces desde muchos sitios, no soporta a un análisis verdaderamente científico.

No es importante. La CF amonesta. En el ansia ficticia de extender los confines de lo humano y de lo posible, los individualiza claramente.

Y declara que el futuro post-humano está aquí, en la vida de la ciudad.

III

Metrópolis futura. Ciudad exterminada, inmensa conurbación que cubre toda la superficie habitable, que se adentra en el vientre de la Tierra, nivel tras nivel. Pesadilla que vive en la ilusión del tiempo real: nada sucede contemporáneamente, en realidad, pero la ilusión hace posible pensar la Metrópolis Final, la conurbación Planetaria, el lugar que, por cierto, no se producirá jamás. Es el pensamiento enviado a sondear el límite que se descubre capaz de prefigurarla, que la ve posible, inminente, que se interroga cada vez menos ingenuamente sobre la naturaleza de lo humano representando la negación y resolviendo catastróficamente la conexión naturaleza-cultura. En realidad, nada puede ser añadido al mundo. Y el mundo no será jamás una ciudad.

IV

En cambio, el modelo de civilización que ve en la ciudad el centro de la vida cultural, social, económica está destinado a declinar. La civilización futura estará nutrida de flujos energéticos bastante menos convulsos y comprimidos de los actuales. La energía solar, eólica, hidroeléctrica, deberán necesariamente sustituir los combustibles fósiles: estas fuentes energéticas no serán capaces de garantizar la supervivencia de la tecnología actual. En otras palabras, la civilización tendrá que ser necesariamente menos rapaz, menos parasitaria, menos brutal.

Si la ciudad antigua era parasitaria energética del campo circundante, las áreas urbanas contemporáneas son de hecho parásitas del planeta entero: el consumo de energía que implica el estilo de vida impuesto por la metrópoli no podrá ser sostenido mucho más tiempo. Las áreas urbanas dependen para todo tipo de recursos de territorios lejanos. Una ciudad de un millón de habitantes devora dos millones de kilos de alimentos al día mientras que no produce, en realidad, nada. El edificio de la Sears en Chicago contiene 130 kilómetros de cable de ascensor y consume más electricidad que una ciudad de tamaño medio. No hay ninguna Metrópolis Final en el futuro del hombre o del mundo.

V

Posible como lugar hipertrófico sólo en la intersección de flujos múltiples, la metrópoli es el epítome de lo moderno. En lo moderno, sólo el territorio urbano es significativo. Incluso si la imposición de ritmos, cadencias, gestualidad, genera necesariamente un perceptible crecimiento de la entropía, nunca un lugar consolidado por la experiencia común, la ciudad es todavía el lugar en el que se puede dar la ilusión de la Disciplina Total.

Tiempo Institucional, Maquina y Metrópoli constituyen una articulación particularmente potente, capaz de capturar, eliminar, dominar. Las agujas del reloj marcan la cadencia de la dimensión del tiempo que hace posible la dominación. Cada forma de dominación pasa por la intención de anulación del tiempo pulsionar, interior: el injerto del tiempo institucional en el cuerpo de los vivos es una operación macabra, colonialismo del deber ser sobre la vida biológica, sobre el impredecible ruido de fondo humano. Es una operación que induce rechazos, pero una operación que no puede decirse nunca que sea llevada a cabo con éxito absolutamente. El tiempo institucional no puede eliminar bolsas de amotinamiento, espacios de habitabilidad en los cuales el tiempo interior lee el mundo según ritmos y ciclos no asociables a la producción, la reproducción y el consumo.

Una esperanza. Para organizar lo no-humano, la supervivencia de lo humano es, hasta un cierto signo, indispensable. El proceder escalofriante de la post-humanidad contiene todavía en sí misma su propia negación, en otros términos: el proceso que conduce a la post-humanidad es reversible.

La colonización, entretanto, impone deslizamientos, retardos. El presente se convierte en el tiempo de la Performación. El tiempo de la Espera se convierte en el tiempo del Proyecto y de la Caducidad. Desposeído de interés, el tiempo del Recuerdo ya no tiene valor si no es como lugar de la fuga hacia la nostalgia, en la re-evocación identitaria y consoladora y en la recriminación personal y colectiva.

VI

Según un viejo nume tutelar, un buen libro de filosofía debe ser como una novela de ciencia-ficción. Una buena novela de ciencia-ficción pone siempre sobre la mesa cuestiones eminentemente filosóficas y políticas. Concibo la ciencia-ficción como un arma ideológica, evidentemente. Cada buena novela de CF es un libro en tesis. La tesis de fondo es que es posible responder de manera progresiva frente a las rebuscadas solicitaciones del efecto realidad, incluso frente al Apocatatasti, en otras palabras. El fin del mundo es una narración, exactamente como el mundo.

VII

La narración – afronto un topos wuminghiano – es un gesto de transmisión. Las generaciones son una corriente incesante, las historias son troncos que flotan. Ciertos troncos están bien excavados, soportan el agua, los remolinos y los rápidos, y no se hunden. Ciertos troncos, incluso, reaparecen corriente abajo después de irse a pique, fingiendo ceder a la contingencia.

El flujo incesante y colectivo de la narración debe atravesar, para darse, un plan comunitario, y ciertas narraciones sirven para redefinir las reglas y la lógica de este plano, en un proceso que dura desde que existe el hombre como animal social. La construcción de grandes narraciones colectivas es problemática e indispensable. Porque el territorio de la metrópoli, que resume el significado del mundo (sólo la metrópoli produce, sino sentido, al menos simulacro social) es el lugar de la atomización, de la diferenciación fetichista, de la impotencia autocéntrica: el tejido social de la metrópoli parece negar la existencia de un plano comunitario, y la posibilidad de la narración como transmisión de imágenes del mundo.

En este sentido la posibilidad misma de una mitopoiesis está subordinada a la lucha por la reconstrucción de un ámbito comunitario, sustraído al imperialismo de la producción de objetos materiales, y de objetos-pensamiento funcionales a la producción de objetos materiales. El pensamiento crítico está abocado al asesinato de la ciudad-simulacro. La prefiguración de ciudades posibles más allá de la especie nefasta de lo cotidiano es un paso obligado, camino de autoterapia individual y colectiva que trata de volver la existencia cotidiana menos vacía e insensata.